
Una edad global: juventud y modernización en el siglo XX

Valeria Manzano

Instituto de Altos Estudios Sociales, Universidad Nacional de San Martín, Consejo
Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

amanzano@umail.iu.edu

Recibido: 10/04/2018

Aceptado: 27/06/2018

Resumen

El objetivo de este ensayo es indicar algunas de las posibilidades y límites que ofrece la historiografía en clave transnacional para la construcción de una historia de la juventud—y viceversa. La juventud constituye una “unidad de análisis y experiencia” y tres aspectos se prestan, en particular, a un tipo de abordaje transnacional: la construcción de la juventud (y de la adolescencia) como categoría de análisis presumidamente científica; la diseminación de ciertos bienes que han servido de marcadores de edad; y las (auto) percepciones de los/as jóvenes en contextos de revueltas globales, como el momento '68. Este ensayo se detiene en cada una de esas tres dimensiones, aunque en su primera sección ofrece un repaso por la historiografía de la juventud que ha puesto el acento en las relaciones entre juventud y modernización, relaciones que pueden ser revisitadas desde un abordaje transnacional y también desde una creciente desconfianza hacia el concepto mismo de “modernización”.

Palabras clave: juventud, historiografía, modernización

A Global Age: Youth and Modernization in the Twentieth-Century

Abstract

This article discusses the potentials and limits that the so-called transnational historiography offers to the building a history of youth, and vice versa. In terms of the transnational historiography, I understand youth as a “unit of analysis and experience”. Three aspects of that “unit”, in particular, call for the uses of transnational perspectives: the making of adolescence and youth as categories of “scientific” analysis; the dissemination of certain goods that served as markers of that age; and the (self) perceptions of young people in contexts of global revolts, such as the “68’ moment”. The article briefly discusses each of these three dimensions, and its first section also offers a review of the historiography of youth that has emphasized the relations

Pasado Abierto. Revista del CEHis. N°7. Mar del Plata. Enero-Junio 2018.

ISSN N°2451-6961. <http://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/pasadoabierto>



between youth and modernization, relations that may be revisited from a transnational approach and from a rising distrust towards the concept of modernization per se.

Keywords: youth, historiography, modernization.

Una edad global: juventud y modernización en el siglo XX

Al finalizar la primera década del siglo XXI, millares de jóvenes fueron las caras visibles de movimientos de “rebeldes,” “indignados” y “ocupantes” de plazas y otros espacios públicos alrededor del globo. Desde El Cairo hasta Madrid pasando por Wall Street una nueva camada juvenil adpta a las redes sociales y dispuesta a la construcción de un nuevo tipo de activismo contribuyó a reponer las interrogaciones sobre las relaciones entre juventud, política y transformación social en debates mediáticos y académicos. La edad de sus protagonistas y la simultaneidad (cuando no imbricación) de las protestas posibilitaron comparaciones con movimientos anteriores, notablemente con el “momento 68.” Ambos momentos son indicativos de un fenómeno clave: la historia de la juventud está saturada de dimensiones transnacionales. Desde su intrínseca maleabilidad y movilidad, la juventud (entendida como una categoría sociocultural basada en la edad) y los/as jóvenes (como actores culturales y políticos) fueron parte integral de la formación del mundo moderno. Productos y productores de dinámicas modernizadoras (entre las que se cuentan la expansión de las matrículas educativas y la diversificación de pautas culturales y de consumo, por mencionar sólo dos), la juventud y los/as jóvenes ofrecen una ventana para entrever cómo aquellas tomaron la forma de flujos de ideas, bienes y tecnologías, ciertamente desparejos y discontinuos en el tiempo y en el espacio.

El objetivo de este ensayo es discutir algunas posibilidades que ofrece la historiografía en clave transnacional para la construcción de una historia de la juventud—y viceversa. La historiadora Micol Siegel (2005: 62-90) ha propuesto entender la historia transnacional como aquella que analiza “unidades de análisis y experiencia” que atraviesan los “estados nacionales”. Lo transnacional, así, configuraría un modo de aproximación a esas unidades atento a las interconexiones y los flujos tanto como una característica intrínseca a la unidad de análisis per se. La juventud constituye una de esas “unidades de análisis y experiencia” y su historización puede contribuir a iluminar alcances y límites de los abordajes transnacionales a la hora de estudiar procesos de producción, circulación y apropiación de ideas, bienes e imágenes. Tres

aspectos de esta “unidad” se prestan, en particular, a un tipo de abordaje transnacional: la construcción de la juventud (y de la adolescencia) como categoría de análisis presumidamente científica; la diseminación—a través de lógicas mercantilizadas—de ciertos bienes que han servido de marcadores de edad; y las (auto) percepciones de los/as jóvenes en contextos de revueltas globales, como el momento '68. Este ensayo se detiene en cada una de esas tres dimensiones, aunque en su primera sección ofrece un repaso por la historiografía de la juventud que ha puesto el acento, desde sus inicios como sub-campo disciplinar, en las relaciones entre juventud y modernización. En este y otros aspectos, el ensayo se nutre de mi propia investigación como historiadora de la juventud y los/as jóvenes en la Argentina de la segunda mitad del siglo XX, tanto como en la, ahora, abundante bibliografía sobre otros contextos geográficos y temporales.

Juventud y modernización

Desde la historia social y cultural, la emergencia de un campo de estudios de la juventud estuvo dinamizada por la creciente visibilidad de los/as jóvenes en el escenario político y cultural a escala global de la década de 1960. En las postrimerías de las revueltas del '68, John Gillis (1974) y Paula Fass (1977), dos de los historiadores pioneros del campo, localizaron la emergencia de un sujeto y experiencia juvenil en el marco de transformaciones demográficas, educativas y socioeconómicas ligadas a lo que, por entonces, se entendía como modernización. El desarrollo del capitalismo y de las culturas del consumo en Europa Occidental durante el siglo XIX y en los Estados Unidos de las primeras décadas del siglo XX, argumentaban Gillis y Fass respectivamente, sentaron las condiciones para la diferenciación de un grupo de edad que comenzaba a permanecer por más tiempo sistemas educativos que se expandían, a posponer la creación de sus propias familias y a tener acceso a consumos culturales que pronto le serían dedicados y por los cuales sería identificado. Asimismo, esos trabajos pioneros y otros más recientes (como Mintz, 2008) han puntualizado que, si bien alrededor del globo y a través del tiempo toda sociedad se ha dado modos de organizar y significar las relaciones de edad, la fascinación (y hasta obsesión) con esa etapa transicional e intersticial que la juventud representa es un fenómeno relativamente reciente, que forma parte de la propia emergencia de lo juvenil.

En las últimas dos décadas, los modos de aproximarse a la historia de la juventud han variado en, al menos, tres sentidos. Por un lado, historiadores que abordan casos

alejados del Atlántico Norte han puesto en cuestión las cronologías pretendidamente universales de los estudios pioneros, que localizaban una irrupción juvenilista en el umbral del siglo XX, para enfocarse en las décadas centrales del siglo y en la visibilidad creciente de la juventud en articulación con procesos político-culturales, además de sociodemográficos. Por otro lado, aunque se traten de estudios de escala nacional, una mayoría presta atención a los efectos de apropiaciones locales de flujos de bienes, ideas e imaginarios de circulación global. Algunos historiadores, así, han prestado atención a las diversas llegadas del rock a espacios tan diversos como México (Zolov, 1999), Corea del Sur (Kim y Shin, 2010) o Ucrania (Risch, 2005), mostrando cómo una forma musical y una serie de estilos culturales “importados” sirvieron para dinamizar disputas culturales y políticas alrededor de nociones de autoridad, gusto y jerarquías tanto como de sentidos de lo nacional y de otros colectivos—incluyendo por supuesto al juvenil. Por último, los historiadores han prestado más atención a la interconexión entre edad, clase y género a la hora de analizar la emergencia de colectivos juveniles, intentando mostrar cómo diversas cristalizaciones de juventud operaron de manera excluyente. Por ejemplo, en los sentidos más extendidos que asumió en lugares tan alejados como Tanzania (Ivaska, 2011), la ex Unión Soviética (Fürst, 2010) y también Argentina en la década de 1960 (Manzano, 2017), el colectivo “juventud” no contenía a los y las jóvenes de edad asentados en áreas rurales. La advertencia sobre las exclusiones sociales que operan en las diversas construcciones históricas de juventud ha sido en buena medida posible por la creciente desconfianza—teórica e histórica—en las nociones de modernización.

La nueva historiografía de la juventud sugiere des-sustantivizar e historizar el concepto de modernización. Tomando nota de las críticas que desde la antropología y la historia social se han realizado a las diversas “teorías de la modernización” que suponían (aun con sus matices) la existencia de un *proceso* social que seguía un curso evolutivo, tendencialmente homogeneizador y universalizante (Escobar, 1995; Weinstein, 2008), trabajos recientes sobre juventud y formaciones contraculturales en los “largos sesenta” latinoamericanos sugieren priorizar el estudio de *dinámicas* de modernización sociocultural. En lo relacionado a la historia de la juventud y los/as jóvenes, esas dinámicas incluyeron no solamente la aceleración de las migraciones hacia ciudades en expansión (que a lo largo del siglo XX fueron protagonizadas por varones y mujeres jóvenes de edad), la ampliación de las matrículas en escuelas y universidades o las profundas transformaciones en las culturas del consumo sino también los efectos que

todas esas dinámicas tuvieron en zonas más difusas de las vidas familiares, las relaciones intergeneracionales, las construcciones de nuevas subjetividades (genéricas, sexuales, etarias), y las múltiples reacciones que generaron entre de adultos y jóvenes (Dunn, 2016; Barr-Melej, 2017; Manzano, 2017). La opción por atender a dinámicas restituye la posibilidad de analizar conflictos y tensiones en cada una de ellas y de enfatizar así su carácter contencioso.

Nuevos y viejos abordajes sugieren que la juventud fue una categoría clave para la discusión de las dinámicas modernizadoras que le daban forma. En diferentes contextos a lo largo del siglo XX, debates en torno a la juventud sirvieron para canalizar, por ejemplo, preocupaciones en torno a los modos de procesar relaciones de autoridad (en las familias, las escuelas o los partidos políticos, entre otros ámbitos); a las formas de experimentar las relaciones entre varones y mujeres y la moral sexual; y también, en algunos casos, a los ritmos y características de procesos políticos identificados como revolucionarios. Como lo señaló el crítico cultural Lawrence Grossberg, la riqueza del término juventud ha radicado en que “no tiene centro,” antes bien es un “significante de cambio y transición” (Grossberg, 1994: 56) Los actores que participaron situacionalmente de debates en torno a la juventud—fueran educadores, psicólogos, empresarios del entretenimiento o representantes de fuerzas políticas tanto como, en menor medida, jóvenes—no sólo intentaban movilizar una categoría que estaban delineando sino también, frecuentemente, significar el cambio social. Al hacerlo, proyectaron sobre esa categoría temores y expectativas que las dinámicas modernizadoras frecuentemente generaban. Enraizados en contextos nacionales y/o locales, esos debates se desplegaban en idiomas comunes, indicativos de una de las dimensiones transnacionales que marcaron a la historia de la juventud.

Un idioma global

Desde fines del siglo XVIII y, con más intensidad, desde mediados del XIX, desde diferentes perspectivas político-culturales se invocó y categorizó a la juventud. Elites culturales dentro del heterogéneo movimiento romántico, en Europa Occidental y América Latina, por ejemplo, dotaron a la categoría de juventud de ideas de heroísmo, entrega y sacrificio que iban de la mano con los requisitos para crear entidades como la “Joven Italia,” “Joven Alemania” o “Joven Argentina.” El isomorfismo entre la edad de esas entidades y de sus demiurgos contribuía a naturalizar esa relación. Asimismo, las

ideas románticas en torno a la juventud nutrieron (y se nutrieron) de una corriente de reflexión sobre las generaciones y sus roles en el cambio social y cultural (Souto Kustrín, 2007). Así, a fines del siglo XIX el término juventud (el grupo de edad preferido por los teóricos de las generaciones) también se asoció con ideas y movimientos de regeneración. Tal fue el caso, por ejemplo, del “Movimiento de las Juventudes Alemanas”, que en el umbral del siglo XX aglomeraba a 25.000 chicas y muchachos decididos a “regenerar” a una sociedad que concebían como decadente, apelando al encuentro de supuestas tradiciones perdidas en las áreas rurales y a la entronización del cuerpo joven y bello como aquel que portaría una revigorización de la nación (Wohl, 1983; Kalter, 2004). Los vínculos entre juventud y nación fueron tan claves como los modos en que ese y otros discursos sobre juventud atravesaron fronteras nacionales.

Del conjunto de los discursos sobre juventud que emergían al tiempo que ese grupo de edad tomaba el contorno de un colectivo diferenciado en el Atlántico Norte, pocos han resultado tan persistentes como aquel centrado en una categoría relacionada: adolescencia. La historia del término puede remontarse hasta el siglo XVII, pero fue en la intersección de los siglos XIX y XX cuando se popularizó en el marco de una disciplina de la modernidad por excelencia, la psicología—y desde allí se propagó a las ciencias de la educación y a las ciencias sociales en general. A fines del siglo XIX, el médico y educador norteamericano G. Stanley Hall publicó trabajos seminales sobre los rasgos biológicos y psicológicos de la adolescencia. Como muchos de sus contemporáneos, Hall le otorgaba una relevancia crucial a una etapa que él concebía como un “segundo nacimiento”, en el cual “se gestaban los rasgos humanos más elevados y completos.” Entre esos rasgos, Hall señalaba la importancia de los cambios en la sexualidad—y los peligros que éstos implicaban para el desarrollo biológico, pero sobre todo social y psíquico de los adolescentes. Esos cambios eran el punto de origen de la situación de “tormento y estrés” que marcaba la condición juvenil. Una edad de promesas de perfeccionamiento y de completitud de los seres humanos, la adolescencia acarrea múltiples peligros: “deformaciones, desproporciones, degeneración, disociación”.¹

Hall entendía a la adolescencia en el marco de la por entonces muy popular teoría de la recapitulación, esto es, la creencia que cada ser humano revivía en su desarrollo

¹ G. Stanley Hall, “Initiation into Adolescence,” *Proceedings of the American Antiquarian Society* No. 12 (1897-1898), 376-401.

vital la historia de la humanidad. Como lo han mostrado diversos historiadores (Stoler, 2002; Lesko, 2002), la teoría de la recapitulación emergió desde y permitió legitimar el colonialismo. Tomando como uno de sus fundamentos el sistema de relaciones de edad en las sociedades del Atlántico Norte, esa teoría organizaba jerarquías entre colonizadores y colonizados. En la medida en que esa teoría postulaba que los niños asemejaban a la humanidad en su estado tribal, también permitía asemejar a quienes vivían “en tribus”—esto es, los colonizados—con la infancia y, por ende, con la incapacidad de ejercer ciertas funciones y tomar ciertas decisiones. Estas últimas, como es de esperarse, le correspondían a los adultos (varones y blancos), quienes habrían alcanzado el grado más alto de desarrollo, asemejándose a las formas republicanas y las democracias representativas. Entre el niño y el adulto, el adolescente y el joven devenían particularmente significativos, ya que en su desarrollo se cifraba también el destino de la humanidad. Para Hall, esa etapa constituía un umbral entre “la barbarie y la civilización”, ya que allí se jugaban—entre otras fuerzas—los impulsos atavísticos de la sexualidad y el desenvolvimiento de la razón (y la ley) para contenerlos.² Pocas dudas quedaban, entonces, de la importancia de esa etapa y de la aparente necesidad social de regular su funcionamiento.

Postulando una ansiada científicidad y anclados en las experiencias coloniales, los discursos psicológicos centrados en la adolescencia devinieron uno de los cuerpos más autorizados para definir y regular la juventud a escala transnacional. Esos discursos fueron, en sí mismos, una “unidad de análisis” que atravesó fronteras nacionales y también disciplinarias, ya que imbricaron en sistemas educativos en una variedad de contextos. En la Argentina, por ejemplo, desde la década de 1920 hasta la de 1970, fragmentos de la obra de Hall fueron *la* bibliografía obligatoria de la materia “Psicología Evolutiva” dictada en el Instituto Joaquín V. González, uno de los centros de formación docente más importantes. Puede conjeturarse que los docentes se aproximaban a los estudiantes secundarios (un cuerpo estudiantil que creció exponencialmente en aquellas décadas, variando su composición social y genérica) munidos de los conceptos y las representaciones sobre la adolescencia delineadas por Hall. Para un contexto muy diferente, Uganda en la década de 1920, la historiadora Carol Summers (2005) ha mostrado también los usos del discurso psicológico sobre la adolescencia. Cuestionando concepciones locales sobre la juventud—ligadas a ideas de

² Hall, G. Stanley Hall, “Initiation into Adolescence,” *Proceedings of the American Antiquarian Society* No. 12 (1897-1898), p. 379.

autonomía y experimentación—las elites culturales coloniales y criollas se apropiaron de esos discursos a la hora de delinear un expandido sistema educativo formal y no formal. Fue el grupo de edad de los/as jóvenes el que se conmocionó de manera más acabada con la consolidación de instituciones coloniales—y desde donde emergieron proyectos independentistas. En cualquier caso, esos discursos pautaron no sólo las representaciones de la juventud como categoría, sino que también se materializaron en regulaciones que condicionaron la vida de jóvenes de carne y hueso a través del globo.

Los modos de aproximación a la adolescencia y la juventud, desde el discurso “psi”, variaron con el tiempo y, en la década de 1950, se conectaban más íntimamente con ideas de crisis, rebelión y, fundamentalmente, identidad. Como ha mostrado el crítico cultural Leerom Medovoi (2005), un discurso sobre la identidad—que eventualmente devino la base de las políticas de identidad (*identity politics*)—tomó forma en relación con la adolescencia y la juventud. En los Estados Unidos, la cara más visible de esos desarrollos conceptuales fue la del psicoanalista Erik Erikson (sus libros *Childhood and Society* [1950] e *Identity and the Life Cycle* [1959] fueron pronto traducidos al francés, italiano y español). A riesgo de esquematizar, Erikson articuló la idea de la adolescencia como un momento de "moratoria vital", una etapa donde los individuos, aún libres de los compromisos de la vida adulta, podrían experimentar con roles sociales, culturales y eventualmente sexuales. Esa experimentación involucraba y requería una dosis de libertad, aunque también un grado de supervisión adulta porque lo que estaba en juego era precisamente la definición de la identidad del individuo, que era a la vez un producto subjetivo y social. La experimentación adolescente implicaba crisis y rebelión (Fridman, 1999). Erikson, y muchos otros psicólogos y psicoanalistas llamados “progresistas” de todo el mundo, celebraron la rebelión de los adolescentes como un momento clave de creación de identidad y un medio para mantener vivos los principios del cuestionamiento e independencia en sociedades como la de los Estados Unidos de la segunda postguerra, entendida como conservadora. Las nuevas conceptualizaciones sobre la adolescencia y juventud en clave “psi” también impregnaron la cultura popular: ¿cómo abordar *Rebelde sin Causa* (dir. Nicholas Ray, 1955) sin tener en cuenta la tríada de los jóvenes, la rebelión y la identidad?

En un contexto periférico, como el de la Argentina, muchos profesionales ligados al mundo de la psicología y el psicoanálisis celebraban, también en la década de 1950, los posibles sentidos individuales y colectivos de la "rebelión juvenil" y algunos de ellos fueron un paso más allá al proponer una conceptualización completamente nueva de la

práctica del psicoanálisis con adolescentes. Desde fines de la década de 1950, un grupo de investigadores en torno a la psicoanalista Arminda Aberastury, entre quienes se incluía el Dr. Mauricio Knobel, había comenzado a trabajar con apropiaciones de la teoría de la identidad de Erikson. En la década que siguió, ese grupo avanzó en la conceptualización de que la "crisis de identidad" en la adolescencia estaba marcada por tres procesos de duelo: del cuerpo infantil, de la identidad y el rol infantiles, y de los padres infantiles. Todo eso implicaba un grado de "conducta psicopática", y los analistas deberían aprender a diferenciar lo "normal" de lo "patológico", principalmente en lo concerniente a las manías.³ Esa conceptualización tuvo impactos profundos, primero, en el campo psicoanalítico. Mientras que ni Sigmund ni Anna Freud como así tampoco Melanie Klein habían concebido a la pubertad como mutativa para la configuración psíquica, y consideraban que los adolescentes no eran analizables, el grupo de Aberastury sostuvo exactamente lo contrario y, además de formular aquellas conceptualizaciones, sistematizó las condiciones del "encuadre analítico" con adolescentes (Perret-Catipovic y François Ladame, 1998). En este sentido, una de sus principales preocupaciones fue capacitar a psicoanalistas locales y latinoamericanos para realizar terapia con adolescentes y jóvenes, una tarea que desde 1969 se desarrolló en la Asociación Argentina de Psiquiatría y Psicología de la Infancia y la Adolescencia, dirigida por el Dr. Knobel. Tras la imposición de la última dictadura militar en 1976, tanto Knobel como muchos otros analistas se exiliaron, colaborando con la formación de cohortes de analistas de adolescentes en Brasil, México, España e Israel. Ya desde la década de 1980, con el retorno a un orden político democrático, las conceptualizaciones de aquel grupo se entrelazaron, al menos en la Argentina, con el sistema educativo: el trabajo de divulgación más significativo del grupo de Aberastury, el volumen *La adolescencia normal* (publicado originalmente por la editorial Paidós en 1971), reemplazó a los textos de G. Stanley Hall como bibliografía obligatoria en las materias de "Psicología Evolutiva" y, más aun, comenzó a figurar como bibliografía en los cursos de "Educación para la salud" en numerosas escuelas secundarias, siendo leído también, entonces, por adolescentes (Manzano, 2009a).

³ Uno de los primeros trabajos conjuntos de ese grupo fue presentado en un congreso de la Asociación Psicoanalítica Argentina sobre "manías y psicopatías", ver Arminda Aberastury, Adolfo Dornbusch, Nestor Goldstein, Mauricio Knobel, Gela Rosenthal, y Eduardo Salas, "Duelo por el cuerpo, la identidad y los padres infantiles," in *Psicoanálisis de la manía y la psicopatía*, Arnaldo Rascovsky y David Liberman, eds., Buenos Aires, Paidós, 1966, 339-47.

La producción, difusión y los cambios del discurso psicológico sobre la adolescencia y la juventud se nutrió de, y nutrió a, fenómenos históricos más amplios, como el colonialismo, las dinámicas de modernización y la movilidad. Mediante la categorización de la adolescencia y la juventud, el discurso psicológico también ayudó a significar y eventualmente a modelar esos fenómenos, como lo ejemplifica el modo en que Erikson, entre otros, validaron la rebelión frente al conformismo social de la década de 1950. En tal sentido, el discurso psicológico, especialmente al entramarse con el sistema educativo, tuvo también una capacidad performativa considerable, al haber contribuido a estipular las expectativas sobre cómo un/a adolescente podía comportarse y debía supervisarse. Ese discurso fue, además, transnacional en sí mismo. En cuanto tal, permite una aproximación a los flujos de ideas—y de personas—que marcaron la modernidad y las dinámicas de modernización. Esos flujos no fueron, necesariamente, unidireccionales. El último tramo de la historia del discurso psicológico sobre la adolescencia permite entrever que desde una posición “periférica” se perfiló una variación sustancial en los modos de analizar y, también, conceptualizar a ese sujeto. Una mirada atenta a las dimensiones transnacionales de la historia de la juventud permitiría, a mi criterio, identificar y ponderar esos giros inesperados, tanto como integrar plenamente facetas diferentes a la historización de la juventud—en este caso, el de uno de los “idiomas” en los que se habló de ella.

Un ítem global

Mientras que la formulación y los usos de ideas de adolescencia constituyeron una de las dimensiones transnacionales de la historia de la juventud, la creación y circulación de ciertos bienes indican una segunda dimensión. Alrededor de las décadas centrales del siglo XX, tanto académicos como diversos comentaristas situados en el Atlántico Norte comenzaban a discutir la existencia de un mercado juvenil y a pensar a la juventud como un nicho de consumo. Para el sociólogo Talcott Parsons, de hecho, no había culturas juveniles por fuera del mercado.⁴ La expansión de ese mercado juvenil, aun modalidades diversas, tuvo un alcance global. Ese fenómeno se recostó sobre un la “edad dorada” del capitalismo que se desplegó desde la segunda posguerra hasta mediados de la década de 1970, en la que se combinaron la extensión de políticas

⁴Talcott Parsons, “Age and Sex in the Social Structure of the United States,” *Essays in Sociological Theory*. New York, Free Press, 1954 [1942]), 89-102.

estatales de bienestar (en las áreas de salud, educación, previsión, vivienda, entre otras) con situaciones cercanas al pleno empleo, al menos en América y Europa (Hobsbawm, 1994: 260-288). Esas coordenadas socioeconómicas, además de facilitar—como detallo brevemente más abajo—la ampliación de la matriculación en las escuelas medias y las universidades, permitieron que muchos y muchas más jóvenes alrededor del globo dispusieran de tiempo y dinero para gastar en sus propios bienes, en particular la música y la ropa. Señalar que muchos de esos bienes “marcaban” globalmente a la juventud (especialmente en la década de 1960) implica hablar de la simultaneidad de un proceso, cuya otra declinación conduce a visibilizar, de manera situacional, los modos en que esos bienes se usaron y significaron a escalas locales.

Con la excepción de los Estados Unidos, donde ya desde fines del siglo XIX oficiaba como prenda de vestir para el trabajo, uno de esos bienes que rápidamente se asociaron al nicho juvenil fue el blue jean. En las décadas de 1950 y 1960, el jean se consolidó como la prenda juvenil por excelencia. Para algunos investigadores, la diseminación de esa prenda (tanto como de la música rock) ejemplifica la “americanización” de las culturas juveniles a escala global, dando cuenta de la fuerza homogeneizadora de las corporaciones norteamericanas (Poiger, 2000; Kroes, 2006). La historia del blue jean en la Argentina, sin embargo, ofrece pocas claves para abonar la hipótesis de la homogeneización.⁵ Esa historia es inseparable de una marca de los pantalones vaqueros con indudables reminiscencias norteamericanas, el “Far West”, que curiosamente era producida por una firma local, Alpargatas. El mercado inicial para los vaqueros, o el jean, eran los varones jóvenes, ya que las chicas, al menos hasta fines de la década de 1960, no fueron sino consumidoras ocasionales. A diferencia de lo sucedido con las chicas—que sí tenían forma de diferenciar su vestimenta de la de sus mamás—cuando Alpargatas lanzó el Far West al mercado, en 1958, los modos de vestir de padres e hijos no se diferenciaban de manera notoria. Mucho más, los chicos atravesaban todavía un rito de pasaje fundamental a la adultez cuando les llegaba el momento de usar pantalones largos, generalmente entre los 13 y 15 años. Una vez pasado ese umbral, se esperaba que vistieran formalmente. Los Far West, y los jeans en general, vinieron a romper ese pasaje, a insertarse como una vestimenta adolescente y juvenil, y no infantil o adulta.

⁵En lo que sigue, retomo ideas y ejemplos que analicé en Manzano (2009b).

Los usos propiamente juveniles, y juvenilizantes, obliteraban una diferencia básica: no era lo mismo usar vaqueros que jeans. En la Argentina de fines de la década de 1950 los jóvenes de sectores populares fueron la vanguardia de los consumidores de vaqueros. En representaciones de época, el uso del vaquero se asociaba con ideas de “pandillas” y de desorden social y sexual.⁶ Hacia 1963, sin embargo, algunas marcas norteamericanas comenzaron a abrirse camino y el mercado se expandió con la incorporación de nuevos consumidores. Los jeans Lee o Levi’s eran una mercancía de lujo: se importaban en lotes pequeños, se vendían en tiendas exclusivas, y su precio cuadruplicaba al de los vaqueros. Apuntando a ese segmento de consumidores, Alpargatas lanzó una segunda marca, Super Far West: más cara, más publicitada, fue un fiasco. La dicotomía entre vaqueros y jeans canalizaba una disputa por la construcción de sentidos de distinción intra-generacionales. Los chicos de sectores medios y altos proyectaban sobre los vaqueros su horror por el gusto de sus pares generacionales menos acomodados mientras usaban la misma tela—denim—y la misma prenda de vestir que denotaba juvenilismo, y nociones de “lo norteamericano” para elaborar sus sentidos de distinción, cultural y de clase.

La historia de ciertas mercancías, como el jean, son indicativas de una de las dimensiones transnacionales de la historia de la juventud tanto como de los límites para analizar algunos de sus significados para quienes se las apropiaron. Por un lado, en las décadas centrales del siglo XX—y acelerándose en la década de 1960—se configuró con claridad un mercado juvenil que tuvo alcance transnacional, colaborando con la emergencia de mercancías (como la ropa y la música, entre las más evidentes) que sirvieron para marcar a una edad, tornándola visible para propios y ajenos. Se trataba de bienes de circulación transnacional, cuya historia desafía las ideas de homogeneización y uniformización cultural. Por otro lado, entonces, al momento de analizar los posibles significados con los que los usuarios—jóvenes—fueron dotando a algunas de esas mercancías, como el jean, es posible advertir la intersección entre múltiples posiciones identitarias, comenzando por las de clase y género, y siguiendo por las locaciones en diferentes contextos geográficos y sociopolíticos. Podía tratarse del mismo azul, o de acordes muy similares—en el caso de la música rock—pero lucían y se escuchaban distintos de acuerdo a la posición (social, genérica, sexual, regional) en la que se encontraran quienes se los apropiaron.

⁶ Simonetta Piccone-Stella (1993: 156-9) por ejemplo, mostró que en algunas regiones de Italia el uso del jean era considerado “signo de conductas pandilleras” incluso para jueces y fiscales.

Un momento global

Una tensión similar entre la transnacionalidad de un momento sociopolítico con rostro indudablemente juvenil y sus significados (inmediatos y mediatos) se configura si aproximamos la lupa al “momento 1968”. Entre 1967 y 1969, al menos 100 ciudades repartidas por los cinco continentes fueron sacudidas por una oleada de revueltas y movilizaciones protagonizadas por estudiantes y trabajadores. Desde Trento, Berlín, París y Praga, pasando por Chicago, Sao Paulo, Montevideo, Ciudad de México y Córdoba, y llegando a Dar-el-Salam, las revueltas sacudieron al mundo. El “momento ‘68” se recostó sobre transformaciones sociales, culturales y políticas que sentaron las coordenadas de la socialización político-cultural de cohortes de estudiantes y trabajadores jóvenes, las caras más visibles de las revueltas. Entre esas transformaciones estuvo la irrupción masiva y global del actor estudiantil. Las elites estatales de la segunda posguerra—a escala nacional y también en diversos foros multinacionales, como UNESCO o la Alianza para el Progreso—insistieron en readecuar los sistemas educativos a las necesidades de la nueva fase del capitalismo, aconsejando la inversión privilegiada en la educación secundaria (desde mediados de la década de 1960, ya obligatoria en Europa, Estados Unidos, Uruguay y Costa Rica) y en la educación superior. En este subsistema, por ejemplo, en Alemania Occidental el total de estudiantes universitarios era de 100.000 en 1950, y para 1968 había ascendido a 400.000—cifras parecidas a las de Francia e Italia. En América Latina la matriculación también creció velozmente: en Brasil, la población estudiantil se duplicó en solo cuatro años (pasando de 135.000 en 1964 a 270.000 en 1968), mientras que en México se elevó desde 70.000 en 1958 hasta 400.000 en 1968 (Manzano, 2018). Como la creación de un mercado juvenil, la ampliación de las matrículas en la educación secundaria y superior constituye otra de las dinámicas clave de modernización. La vertiginosidad que ambas alcanzaron en la década de 1960 habla de la imbricación profunda que tuvieron con la “edad dorada del capitalismo”, un sistema al cual segmentos significativos de jóvenes buscaron impugnar durante el “momento 68”.

El “momento 68” constituye, posiblemente, uno de los ejemplos más acabados de la simultaneidad e interconexión de procesos que dan lugar a las características intrínsecas de las “unidades” transnacionales. Desde muy diversos abordajes, la historiografía del ‘68 se confinó hasta hace poco a la dilucidación de casos nacionales, notablemente el

francés, el italiano y el alemán. Aun en esos marcos, los historiadores y analistas han insistido en el carácter juvenilista y, al menos, pan-europeo de las revueltas y en algunos casos han documentado dinámicas de viajes y encuentros culturales y políticos que, comenzando en la segunda postguerra, habrían facilitado los vasos comunicantes entre los activistas de la década de 1960 (Jobs, 2017). Más recientemente otros historiadores han comenzado a incluir regiones geográficas y temáticas menos transitadas (como el caso de África del Norte y cuestiones ligadas a problemáticas raciales), proponiendo una lectura del '68 ligada a la emergencia de redes transnacionales de circulación de ideas, personas e imágenes (Christiansen y Scarlett, eds., 2012; Ivaska, 2015).

Desde la historiografía se ha insistido, con razón, en adjetivar como transnacional o global al momento '68'. Esa transnacionalización de las revueltas tomaba muchas formas, incluida la novedad de que el panteón de héroes revolucionarios que presidía las calles de París o de Roma era virtualmente idéntico al que lo hacía en Montevideo o Ciudad de México, comenzando por la figura de Ernesto Che Guevara (Frank, 2000). Sin embargo, cuando en muchas oportunidades la prensa de época intentaba recomponer filiaciones entre los movimientos sesentayochistas, muchos jóvenes latinoamericanos resaltaban antes bien las diferencias con sus pares de edad europeos. Así, un grupo de estudiantes uruguayos, al mismo tiempo que presagiaba que la revolución en su país se demoraría “no más de seis meses en llegar”, aseguraba que la revuelta montevideana de mediados de 1968 “no tiene nada que ver con la francesa, ni con ninguna otra”.⁷ En la Argentina, mientras tanto, cuando un informe periodístico quiso desentrañar la existencia de seguidores de quien se presentaba como al pensador faro de las revueltas francesas, Herbert Marcuse, las respuestas fueron por lo general negativas. Una mayoría de los encuestados decía no aceptar las ideas de Marcuse sobre el rol de vanguardia que los estudiantes podrían adquirir en sociedades donde la clase obrera lo habría perdido. “Si eso funciona para Europa,” sostenía un estudiante, “no es así para América Latina”. Otro iba más allá, sosteniendo que la revolución en la Argentina iba a comenzar “en Avellaneda o en Barracas, donde está la clase obrera peronista: los estudiantes no tenemos que hacer nada a la vanguardia.”⁸ El ensayista mexicano Paco Taibo iba en el

⁷ Citado en Gould (2009); , Un análisis pormenorizado de esas revueltas Markarian (2013).

⁸ “Made in France,” *Gente* No. 152, Junio 20, 1968, 5-7; “Marcuse, el nuevo profeta de la izquierda,” *Panorama* No. 73, Septiembre 17, 1968, 82; “Estudiantes, los fantasmas tienen nombre,” *Panorama* No. 110, Junio 3, 1969, 14, “Hablan los dirigentes estudiantiles,” *Semanario CGT* No. 33, Diciembre 12, 1968, 3; ver también, Tarcus (2008).

mismo sentido: durante los meses del “movimiento”, sostiene, los y las jóvenes aprendieron a sentirse “auténticamente mexicanos” (Taibo, 2012: 47-48).

De manera hiperbólica, tanto Taibo como muchos de los y las jóvenes que hicieron el “momento 68” en América Latina remarcaban las diferencias, antes que las similitudes, con lo que ellos entendían que eran las revueltas europeas (a partir de la información que les llegaba a diario mediante la prensa escrita y la televisión). Tanto en la coyuntura misma como en muchas interpretaciones posteriores, el “momento 68” en México, Brasil, Uruguay o Argentina ha sido explicado en clave eminentemente política, en parte porque esas revueltas se imbricaron con el desarrollo de organizaciones político-militares en las cuales, también, participaron segmentos de aquella cohorte etaria socializada en la década de 1960 y fogueada en aquel momento.⁹ Si bien derivas similares tuvieron lugar en Europa Occidental, el lente interpretativo en la misma coyuntura del '68 y en las décadas que siguieron estuvo puesto en el despliegue de acciones y slogans iconoclastas que ponían el foco en el anti-autoritarismo y en la búsqueda del placer vis-a-vis sociedades que se veían como petrificadas y burocratizadas. Esto supuso fijar la mirada en los estudiantes y en las figuras más hedonistas y libertarias dentro de ese colectivo por sobre aquellas otras que, con mayor o menor involucramiento en el universo de la izquierda, participaron de los “comités de acción” y los encuentros con otros sectores sociales, especialmente obreros. Uno de los efectos de esas narrativas ha sido el de interpretar a ese “momento”, en Europa, como un tipo de revuelta cultural y, en algunos casos, como el inicio de una subjetividad contemporánea, individualista y hedonista, nacida contra un “sistema” al que terminó por perfeccionar.¹⁰ Como lo ha planteado la crítica cultural Kristin Ross (2002) uno de los efectos de esas inclinaciones interpretativas fue haber despolitizado al “momento 68”, opacando—entre muchas cosas—una ponderación más acabada del tipo de comunidad política que muchos de quienes participaron de las revueltas pretendían construir y también del tipo de subjetivación política potenciada en esa coyuntura, una que apuntaba a los desplazamientos y la búsqueda de encuentros con “otros”—sociales, culturales, incluso etarios.

El “momento ‘68” difícilmente pueda ser abordado sin dar cuenta de las dinámicas culturales y sociales que, desplegadas a escala transnacional desde fines de la

⁹La bibliografía es abundante, pero para una visión de conjunto latinoamericano, ver Marchesi (2018)

¹⁰ Entre los manuales de historia contemporánea más exitosos que abonan esa lectura, ver especialmente Hobsbawm (1994) y Judt (2006).

década de 1950, corporizaron especialmente en la juventud. Nuevas expectativas y posibilidades en el terreno educativo y laboral, pautas de sociabilidad y consumos novedosas, apertura hacia un “otro”—ya sea en términos estéticos como políticos—fueron los puntales la década de 1960. Esas transformaciones profundas en la sociedad y en la cultura adquirieron una dimensión propiamente política en la oleada de revueltas del “momento ‘68” que, en mayor o menor medida de acuerdo al contexto, cuestionaron el orden social y permitieron crear, aunque fuera de modo efímero, comunidades que pretendían superar la división social del trabajo y una forma de concepción de la política como una esfera especializada. Si bien es claro que la esfera política puede (y debe) ser abordada desde perspectivas transnacionales, no es menos cierto que los sentidos y efectos de la acción política, en la década de 1960, seguían cifrándose en el espacio nacional. El “momento 68”, así, ofrece una ventana privilegiada para testear las posibilidades y los límites de una historiografía en clave transnacional en sus cruces con la historia cultural y política de la juventud.

Conclusiones

La construcción de la juventud como objeto y sujeto de análisis histórico ofrece la posibilidad de tender puentes. En primer lugar, son puentes entre diferentes perspectivas y metodologías de análisis histórico. La plasticidad del objeto, por ejemplo, llama a la combinación de las metodologías y los conceptos de la historia política y la historia cultural, y prácticamente obliga al historiador a atender a la historia de la sexualidad. Ya desde la formulación de uno de los idiomas ciertamente globales para hablar de la adolescencia (y la juventud), el discurso psicológico, los temores y las ansiedades en torno a la regulación de la sexualidad—y, a través de ella, de las relaciones entre los sexos—se inscribían en ese sujeto/objeto que se estaba delineando. Como lo muestra, incluso, una muy breve historización de ese idioma que atravesó fronteras nacionales y disciplinarias, se trató de un discurso que se elaboró y transformó en vínculos estrechos con dinámicas políticas y sociales más abarcadoras, que forman parte también de ese discurso y de su objeto/sujeto. En segundo lugar, como he intentado delinear en estas páginas, la juventud puede concebirse como una “unidad de análisis y experiencia” transnacional, y de esa manera también permite a quien la investigue en términos históricos a tender puentes entre diversas escalas geográficas—que son también culturales y políticas. Si bien mucho más trabajo es necesario en este punto, hay al

menos tres dimensiones de la historia de la juventud que permitirían—a mi criterio— sostener una aproximación transnacional: el “idioma” en el que se habló de ella (ejemplificado aquí en el discurso psicológico); la emergencia de un mercado de bienes juveniles (aquí he revisado el de un ítem, los jeans) y también la irrupción de ciertos “momentos”, como el de la segunda mitad de la década de 1960, en los que se anudaron dinámicas culturales y, especialmente, políticas con fuerte impronta y protagonismo juvenil. Esas tres dimensiones, a la vez, dan cuenta de los vínculos estrechos, hasta intrínsecos, entre dinámicas de modernización y juventud, y convocan a una reflexión sostenida en torno a los procesos de diferenciación y eventual exclusión social y genérica que han operado—y continúan operando—en la conformación histórica de un sujeto y una subjetividad “juveniles”. Esas diferenciaciones y exclusiones también son parte de la historia de la juventud y siguen siendo clave para que avancemos en una mejor comprensión de la historia del siglo XX.

Sin embargo, la historia de la juventud (como categoría) y de los y las jóvenes, como actores políticos y culturales, tampoco se agota en la formulación de sus dimensiones transnacionales. Como parte integral de las dinámicas de modernización de las cuales los y las jóvenes fueron portadores (la expansión educativa, el consumo, por ejemplo), esa dimensión transnacional se entretrejió con usos, apropiaciones y tensiones que dan cuenta de la constitución situada de identidades, culturas y prácticas políticas juveniles. En tal sentido, mirar la historia del siglo XX desde diferentes facetas de la historia de la juventud y los y las jóvenes, también puede invitarnos a pensar con mayor detenimiento el juego de escalas posible y necesario para el análisis histórico. Si aquel “idioma” en el que se habló sobre y reguló a la juventud (el discurso psicoanalítico) fue modificado sustancialmente desde un espacio periférico; si sobre el ítem de consumo aparentemente más uniformante (el jean) jóvenes de diversas posiciones sociales, en un espacio también periférico, proyectaban sentidos de pertenencia de clase y género y establecían batallas simbólicas “intra-” antes que “inter-“ generacionales; y si una de las coyunturas más globales del siglo XX (las revueltas del '68) muchos de sus participantes reclamaban una interpretación en clave nacional o continental de sus acciones e imaginarios, entonces la reflexión sobre la dimensión transnacional, antes que disolverse, se enriquece con la inclusión de giros inesperados, tensiones y ambivalencias.

Bibliografía

- Barr-Melej, Patrick (2017). *Psychedelic Chile: Youth, Counterculture, and Politics on the Road to Socialism and Dictatorship*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Christiansen, Samantha y Zachary Scarlett, eds, (2012). *The Third World in the Global 1960s*. New York: Berghahn Books.
- Dunn, Christopher (2016). *Contracultura: Alternative Arts and Social Transformation in Authoritarian Brazil*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- Paula Fass (1977). *The Damned and the Beautiful: American Youth in the 1920s*. New York: Oxford University Press.
- Frank, Robert (2000). “Imaginaire politique et figures symboliques internationales: Castro, Ho, Mao et le Che.” En Genevieve Dreyfus-Armand, ed. *Les Années 68: Les temps de la contestation*. Paris: Complexe.
- Fridman, Lawrence (1999). *Identity's Architect: Erik H. Erikson*. New York: Scribner.
- Fürst, Juliane (2010). *Stalin's Last Generation: Soviet Post-War Youth and the Emergence of Mature Socialism*. New York: Oxford.
- John Gillis (1974). *Youth and History: Tradition and Change in European Age Relations, 1700-present*. New York: Academic Press.
- Gould, Jeff (2009). “Solidarity under Siege: The Latin American Left, 1968,” *American Historical Review* Vol. 112, No. 2, 2009, pp. 348-75.
- Hobsbawm, Eric (1994). *Historia del siglo XX*, Barcelona: Crítica.
- Ivaska, Andrew (2015). “Movement Youth in a Global Sixties Youth: The Everyday Life of Transnational Activists in Postcolonial Dar es Salaam.” En Richard Jobs y David Promfert, eds. *Transnational Histories of Youth in the Twentieth Century*. New York: Palgrave.
- Ivaska, Andrew (2011). *Cultured States: Youth, Gender, and Modern Style in 1960s Dar es Salaam*. Durham: Duke University Press.
- Jobs, Richard Ivan (2017). *Backpack Ambassadors: How Youth Travel Integrated Europe*. Chicago: The University of Chicago Press,.
- Judt, Tony (2006). *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*. Madrid: Taurus.
- Kim, Pil Ho y Hyunjoon Shin (2010). “The Birth of “Rok”: Cultural Imperialism, Nationalism, and the Glocalization of Rock Music in South Korea, 1964–1975,” *positions*, Vol. 18, No. 1, pp. 199-230.

- Kroes, Rob (2006). "American Mass Culture and European Youth Culture." En Axel Schildt y Detlef Siegfried, eds. *Between Marx and Coca Cola: Youth Cultures in Changing European Societies, 1960-1980*. New York: Berhgham Books.
- Lesko, Nancy (2002). *Act your Age! The Cultural Construction of Adolescence*. New York: Routledge.
- Manzano, Valeria (2018). "El momento 68: nada en su lugar", *Ciencia hoy* vol. 27, no. 161.
- Manzano, Valeria (2017). *La era de la juventud en la Argentina: cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Manzano, Valeria (2009a). "The Psychological Professionals and the Making of Youth in Argentina, 1950-1980s". En *XXIII Conference on Latin American History*, Nueva York.
- Manzano, Valeria (2009b). "The Blue Jean Generation: Youth, Gender, and Sexuality in Buenos Aires, 1958-1975". *Journal of Social History*, Vol. 42, No. 3, 2009.
- Marchesi, Aldo (2018). *Latin America's Radical Left: Rebellion and Cold War in the Global Sixties*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Markarian, Vania (2013), *El 68 uruguayo: entre cócteles Molotov y música beat*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Medovoi, Leerom (2005). *Rebel: Youth and the Cold War Origins of Identity*. Durham: Duke University Press.
- Mintz, Steven (2008). "Reflections on Age as a Category of Historical Analysis," *Journal of the History of Childhood and Youth*, Vol. 1, No. 1, pp. 114-23.
- Piccone-Stella, Simonetta (1993). *La prima generazione: ragazze e ragazzi nel miracolo economico italiano*. Milan: FrancoAngeli,.
- Poiger, Uta (2000). *Jazz, Rock, and Rebels: Cold War Politics and American Youth Culture in a Divided Germany*. Berkeley: University of California Press.
- Risch, William Jay (2005). "Soviet 'Flower Children': Hippies and the Youth Counter-culture in 1970s L'viv," *Journal of Contemporary History*, Vol. 40, No. 3, pp. 565-584.
- Ross, Kristin (2002). *May 68 and its Afterlives*. Chicago: University of Chicago Press.
- Seigel, Micol (2005). "Beyond Compare: Comparative Method after the Transnational Turn," *Radical History Review*, no. 91, pp. 62-90.
- Souto Kustrín, Sandra (2007). "Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y un objeto de análisis", *Historia actual online*, vol. 13.

Stoler, Ann Laura (2002). *Carnal Knowledge and Imperial Power: Race and the Intimate in Colonial Rule*. Berkeley: University of California Press.

Summers, Carol (2005). "Young Buganda and Old Boys: Youth, Generational Transition, and Ideas of Leadership in Buganda, 1920–1949," *Africa Today*, Vol. 51, No. 3, pp. 109-28.

Taibo II, Paco (2012). *68'*. México: Planeta.

Tarcus, Horacio (2008). "El Mayo Argentino," *Observatorio Social de América Latina*, No. 24, pp. 161-180.

Zolov, Eric (1999). *Refried Elvis: The Rise of a Mexican Counterculture*. Berkeley: University of California Press.

*

Valeria Manzano es doctora en Historia Latinoamericana por la Indiana University e historiadora por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como profesora en el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad de San Martín y es investigadora en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Ha sido profesora visitante en la University of Chicago y en la Université de Genève, entre otras. Ha recibido becas del Social Science Research Council y del American Council of Learned Societies. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas de Argentina y del exterior. Es autora de *La era de la juventud en la Argentina: cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla* (Fondo de Cultura Económica, 2017) y editora, junto con Isabella Cosse y Karina Felitti, de *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina* (Prometeo, 2010).